

# La Peor Injuria

daniel bernardo grimberg



Image not found.

# Capítulo 1

## La Peor Injuria (por Daniel Bernardo Grimberg)

### I

Es deplorable como condije a la peor injuria. De aquello derivaba la idea de que todo debía seguir igual, aunque camináramos hacia la intensidad del vacío durante la repetición de las horas. Pero a esta altura a de mi vida, me arrepiento de esa posición que resultó en una inutilidad insaciable. De acuerdo a la falaz revelación de mi padre, lo sagrado era acallar a lo odioso, aferrarse al definitivo desconocimiento del otro, y conformarse con la hipocresía habitual.

Pero vivir es gritar a los cuatro vientos que se está vivo, como si fuera eterno ese fervor. Es tal la belleza de alcanzar una ascendente comunión con el universo, que no hay injusticia mayor que ignorar que ésta (la injusticia) existe. Y no basta con sentir los latidos del pecho y las mordidas que el hambre hace en las entrañas, hay que denunciar los prejuicios a los cuatro vientos y crear un diálogo (más allá de que nos mudemos del sitio de nuestras observaciones, o veamos al mundo a través de una ventana).

Cuando las veneraciones a mi padre terminaron, me sensibilicé, y vi a lo deshonroso antes que las cosas se volvieran gradualmente oscuras a mi alrededor.

Clotilde me ha dicho que los sueños no son capaces de iluminar nada, por el contrario, crean viajes a fondos dominados por las obsesiones. Arrojados en esa manta nos metemos en un mundo que es macilento y extraño, pero nos encanta bañarnos en sus indefinidas series de elementos. Al fin de cuentas, el mundo en su radicalidad es uno mismo, y no soy únicamente aquel que canturrea en las noches estrelladas, respira con angustia y piedad frente a las tormentas, y lamenta que con el tiempo se agreguen tantas melancolías, sino aquello poderoso que me rodea.

Carlos Ávila representó una de las páginas más gloriosas del Teatro Nacional que ha sido precursora de otros miles; la suplió con gacetillas de abanicos de eventos y un espíritu omnipresente. Se entregó al abolengo del lenguaje, fusionó al lirismo con sabias reflexiones, mientras transcurría por las cortas distancias que permiten los escenarios. Fue un artista que unió a sus congéneres en tramas que apilaban a lo brutal con lo sagrado.

Ahora, sus obras fílmicas han sido digitalizadas; en estas se encuentran sus rumbos, su innata genialidad que abarcó todos los géneros siguiendo a la propuesta que esos conflictos sirvieran como señales de alarma en los espectadores. Hombre polifacético, fue un buceador incansable de las raíces y de los tallos que son trepados por el viento, que quiso preservar la unidad en contra de la fragmentación subyacente. No se descuidó efectuando cambios desmesurados, pero tampoco se atrasó en las antiguas conexiones que resultaban intolerables.

Carlos fue un complejo actor que emprendió la aventura de retratar al hombre con sus habituales temblores y todo el amor que es capaz de desplegar, y no sólo emprendió la declamación de líneas con contundentes formatos estéticos, sino que puso su corazón en beneficio del público durante sucesivas épocas. Se transformaba en héroe o bandolero, se comparaba a los otros, y asumía responsabilidad por el romanticismo que lo envolvía o cuando se dejaba llevar por la hilaridad de las comedias. Transformó al mundo con fantásticos itinerarios que fueron más allá del mero entretenimiento. No tuvo negligencias al construir espejos en cuyas superficies cualquiera se veía reflejado, ni permitió que nadie se sintiera huérfano o anónimo. Retrató al espíritu de distintos hombres y al hacerlo unificó a la humanidad.

Sus proyectos no han sido breves, sino voluminosos. Eran alegatos que lanzaba desde los estrados mayúsculos de la conciencia, exponiendo heridas sin derramar sangre, diferenciándose de las pesadas influencias heredadas, y evidenciando que el tiempo no tenía por qué ser cíclico. Durante sesenta años no sólo fortaleció a la cultura, sino que además creó un sistema de creencias que reconfiguraba en cierta medida a lo que había sido creído con anterioridad. Y jamás vaciló en dar seriedad y firmeza a sus espectáculos; una obra suya era el mundo entero, y también el arrogante resultado de su voluntad y una repetición de los recónditos ritmos del cosmos. Con el dedo señalaba a una luna maldita que no era vista por los ojos, y a las tormentas que desaparecían si uno se alejaba de la sala e ingresaba a la luz de los pasillos.

Sus discusiones teatrales que nacieron y murieron durante décadas, decidían que era lo importante en la vida, o aquello tendencioso que se superponía con lo esencial. Además, su autoridad abarcaba los costumbrismos llenos de picardías.

Al morir a los 79 años, el tiempo no desgarró a su atemporal proyecto, y su estampa quedó grabada en la memoria de amplias audiencias y en la comunidad artística, al menos por una pequeña eternidad.

Una vez él me dijo que el tiempo no tiene un registro único, sino que se correspondía con quienes lo pensaban y fusionaban en sus propias actividades cuyos matices eran diferentes. El tiempo (digo yo) da pasión y entusiasmo a los jóvenes, y a los viejos nos deja un pasado antes de

que nos volvamos locos.

Hoy mismo (sin perder mi dosis diaria de sentido común), me encuentro tarareando los versos que él nos recitaba; palabras que por entonces no alcanzaba a entender, pero que hoy me suenan indefectibles. Estas, durante nuestra infancia, representaron la graduación de sus extraños intereses. Hablaban de los días que seguían a las noches, de borrosas visiones de poetas que se asumían como eruditos (de acuerdo a lo que me había señalado Carlos, contenían una profunda gravedad que era capaz de destruir a los credos más estrictos).

El tema que estoy destapando del tintero no es su muerte, sino la progresión del tiempo que intenta enloquecer a los pocos que recordamos a sus instancias más antiguas. Con Clotilde nos habíamos prendidos a apasionantes certezas que luego este demolió, o les restó jerarquía con sus agracias. ¡Las delicias del vivir habían sido bien fundadas y nuestros reflejos nunca fueron falseados! El trabajo del tiempo es el de experimentar, extrapolar, y después borrar imágenes y ámbitos con el fin de deshacer a los que habían sido incuestionables presupuestos. Y sugiere que dejemos de ser hombres cansados para convertirnos en acurrucadas sombras que respiran con dificultad al llegar la madrugada.

Nosotros, a diferencia de Carlos, no seremos recordados por los buenos servicios prestados, aunque nunca incurrimos en algo malicioso (apenas fuimos murmuradores, y sofistas, que jamás concretaron un ideal). Sé que no merezco ser recordado con minuciosidad.

Alguna vez Clotilde me confió:

- "La memoria es lo único previsible; se trata de la fase arqueológica de nuestra mente, que defiende al pasado con la ilusión que este abogue por quienes en realidad somos".

Es así, queremos que la simplicidad que disfrutábamos en nuestra juventud nos vuelva a adjetivar, y a la vez que nos libere de los dificultosos artificios a los que nos vemos sometidos. A través de la memoria, Clotilde suele presentar a los gastados bordes del tiempo como las vías maravillosas que persisten indisolubles y en las que nos desplazamos. Tal vez es la ilusión de retener al pasado lo que nos ata a la vida... ¡atención amigos: el mar está hecho de viajes y no sólo de aguas!

Recuerdo a mi padre, y los veraneos en Mar del Plata que solían durar meses; por entonces el viento marino chocaba contra mi pecho de una manera que hoy es inexplicable. Evocó a ese hombre con el perezoso anhelo de que no me ha abandonado, que se me aproxima en lo coloquial y en cada contingencia extraordinaria.

Celebro los días que pasaba en esa ciudad junto a mi madre y mis dos hermanos (mi padre frecuentemente se quedaba en la Capital por razones de trabajo). Durante semanas soleadas y hermosas nos hacíamos de una libertad terrible, y encendíamos las llamaradas de nuestras vidas con sentimientos de que éramos indispensables en el desenvolvimiento del cosmos; las viejas batallas que libró desde el principio la humanidad no habían tenido otro objetivo de que desembocáramos en las arenas de esos mares del sur.

Habitábamos una casa con aspecto de cabaña en el barrio de los Troncos, y no era que ese lugar estuviera escondido, sino que la amplísima vista del mar lograba que pareciera diminuto. Había que seguir una corta línea recta para arribar a la vastedad del océano que siempre me costó conjurar con palabras. Ojo qué no éramos ricos, mi padre era médico y únicamente teníamos un buen pasar.

Por entonces, cada día era salir a la calle para ver al cielo lleno de nubes que a veces corporizaban a estampas de gigantes. Los tres hermanos éramos inescrupulosos caminantes que no se tomaban descansos; no éramos ordenados ni tímidos, y nos caracterizábamos por practicar rigurosas formas de perder el tiempo. No nos cargábamos con obligaciones ni con las estrecheces que estas implicaban, sino que jugábamos a ser lo que seríamos en el futuro. Nos provocábamos a imaginar a la gran felicidad de la adultez, porque estábamos relegados a ser sus provisorios espectadores.

Como no teníamos ningún deseo de ser instruidos, nos considerábamos dignos de alabanza, y nos sentíamos parte del omnipotente mar con sólo hundir a nuestros pies en las arenas húmedas. La vida consistía en ser testigos de la fuerza sideral que durante el día nos alumbraba, y a la noche nos ordenaba que restableciéramos el equilibrio perdido y nos fuéramos a dormir (no ignorábamos al ruego de nuestra madre para que nos acostáramos).

No idealizó nada, también hubo algunos apremios, símbolos virulentos, prohibiciones, inevitables ardidés, y un secreto del que se dedujo una impecable violencia, e hizo que nos miráramos con la zozobra de que este estropearía a nuestro estatus emblemático.

Entre mis padres había una interacción imprecisa, como si para ellos el lenguaje no bastara como un medio de comunicación. Vivían en la misma casa, pero eran como dos árboles cuyas ramas (pese a la contigüidad) no se tocaban. Roberto tenía amantes en otros lados, y eso a mi madre la conformaba porque hacían que él se distanciara de ella.

Ya entonces Clotilde era mi amiga, y a sus virtudes las evidenciaba en las fiestas y en la inmodestia de su parlotear; sabía tocar el piano y era muy buena costurera. También era una puerta giratoria llena de misterios.

Tenía una agitada belleza, y al musgoso mar que, contradiciendo a su inmensidad, se centró en sus ojos. Dialogábamos casi diariamente por la intercesión de una vecina, que sacaba del estante a un libro con las maravillas del planeta, con el propósito de que nos entretuviéramos imaginando entrar en lugares desconocidos. Fue así que arrancamos algunas palabras al aire para decir que nos gustábamos... en verdad no nos interesaba ese volumen, sino tocarnos con los dedos cuando revisábamos sus fotografías.

Aún de jovencita Clotilde era orgullosa, y con agudas instrucciones me indicaba lo que era necesario. Tenía profusos conocimientos de la sociedad y de lo común y corriente, y me aseguraba que si se tenía suficiente ambición se ascendería a lo más alto. Y si bien comenzamos a fantasear con despegarnos de nuestros entornos, las temáticas más constantes se enfocaban en lo que a ella le había pasado, y las asiduas discrepancias con sus amigas. Supe los detalles de su existencia a partir de sus asustadas o alegres revelaciones.

Aquello que a Clotilde le causaba buen humor o sopesaba como primordial, a mí me alejaba de lo indeterminado. Con ella nunca perdí autonomía, sino que gané en perspicacia social.

Poco a poco fuimos identificando en forma conjunta lo que nos rodeaba, les poníamos nombres, precios que incluían a míseros centavos, desdén o admiración. Y nuestras risas e ironías se mantenían al margen de cualquier inclinación benevolente.

Por cierto, que pensar en este lejano futuro era algo inútil o al menos excesivo, como pretender ver que había en la otra cuadra, a la que para arribar había que girar noventa grados en la esquina. El futuro consistía en redondeados planos imposibles de definir debido a que nuestras estrategias eran lineales. A lo sumo podemos decir que lo veíamos de una manera mitigada: podíamos dirigir nuestra imaginación hasta unos pocos años adelante, no más. Lo restante eran ensueños, falsas promesas, y confusiones de lo que creíamos que era algo parecido a la eternidad. De cualquier forma, no había ninguna necesidad de distinguir lo que aún no existía. La vida se abriría paso naturalmente más allá de que uno se empeñase en intuir lo venidero.

Recuerdo a Carlos ensayar en el espejo caras de asco o de tristeza infinita, mientras que nos decía que estaba obligado a renacer mil veces. Narraba historias en tonos no menores (alejándose de la honestidad), sacudiendo a su pecho con algunas insignias sagradas de la sociedad. Podía tener una opinión enteramente mala, o un dictamen unánime y deseable. Representaba obras sobre las que no hacía consultas y se basaban en la improvisación.

Carlos quería ser actor, y no un tonto o a alguien que disfrutara perder el tiempo. Y estaba atento a cualquier lapidaria expresión del oyente, sobre el que caía con sonrisas y rezongos. Con inclementes gestos lo emplazaba a despertarse, a dejar de soñar, y rodaba a su alrededor; cumplía con el rol de una avispa enardecida. Podía ser dos personajes a la vez, o componer a seis figuras que se esparcían en descompuestos lapsos. Nos estimulaba a que le diéramos nuestro espaldarazo, lo acogiéramos con aplausos piadosos, o nos confabularnos en pedir su cabeza.

Pero no lo entendíamos cuando armaba a esos estridentes personajes que cobraban vida de manera automática, y le decíamos que sus caracterizaciones distaban de ser geniales... y eran más bien estrambóticas. No estábamos familiarizados con el arte, y para mi hermano Emanuel, sus esfuerzos eran vanos intentos de dar a la idiotez un cauce divertido. Carlos era adolescente, y planeaba seguir una carrera actoral que lo autorizaría a predicarse en cientos de existencias, pidiendo lástima o admiración hacia quienquiera a quien se dirigiera en detonantes momentos.

Nos colmaba con sus soliloquios hasta la saciedad, y nos imponía a sus espectros en cada paréntesis que apareciera. Y nos engatusaba con las expresiones de su rostro que poco a poco, o en forma súbita, demostraban que no había mucha diferencia entre lo real e imaginario si había una historia creíble de por medio.

Desde chico, Carlos Ávila sintió una especial atracción por el espectáculo; y tenía el don de causar risas, o acorrallar la sangre con denigrantes actos. En su opinión no servía poner de acuerdo a la gente, sino implicarla hasta que entendiera que era parte de lo que hasta entonces nunca había sido definido.

Emanuel, se indignaba levemente y le hacía burlas. Se enfocaba en que sus prestaciones no brindaban apogeos a la realidad, porque desconocía la virtud de saber contar una historia, y no lo estimulaban las magias que florecían en los teatros.

Reproducía la actuación de Carlos haciendo controvertibles parodias que indirectamente exponían su vulnerabilidad; sus disoluciones no reflejaban a los sigilos del alma, sino a la brutalidad de los necios. Al querer hacerse notar, extendía su brazo señalando a un incierto horizonte y se quedaba quieto como una estatua. En su opinión, Carlos hacía reconocimientos de lo que había que olvidar muy pronto, por lo que se convertía en el perpetuo prófugo de lo real. Asimismo, repetía los ademanes de este, agregándoles algunas repulsivas variantes a la par que articulaba un procaz tartamudeo en remplazo del comedido discurso. Presuponía que el especial talento de Carlos, era trabar a la gente. Al arte le atribuía la misma profundidad que se le da al graznido de un pájaro parado sobre

una piedra.

Esto pasaba en Mar del Plata, más allá de sus atestadas ramblas y de su anómalo sol que se enfrentaba al viento frío durante largos días revestidos de mar, en los que nos movíamos entusiastas y con intensas curiosidades.

Ahí sustentábamos sueños que surgían del extasiado devenir de nuestras sangres. Transitábamos por calles que agrupaban a miles de veraneantes, que por andar en la despreocupación se bloqueaban el paso. Dábamos vueltas sin ceñirnos a una específica destinación; cada minuto era un supremo instante en el que descorríamos a las cortinas del mundo.

Aquellas antagónicas fuerzas de naturaleza urbana nos convocaban a grandes aventuras. Hacíamos invasivas exploraciones de áreas alejadas de nuestro epicentro. No teníamos dificultades en alcanzar las metas que antes sólo habían sido espejismos; éramos tres hermanos, pero parecíamos una banda guerrera que en sus bolsillos siempre disponía de algún dinero para gastar en los kioscos. Y en las playas chocábamos con los impactantes cuerpos de las mujeres sin saber cómo sobreviviríamos a tanta belleza.

Yo disfrutaba del sol, el viento, y las lluvias, y mi invencible comisión era la de ser feliz. En Mar del Plata podíamos quedarnos solos, ir de visita a playas alejadas, meternos en el mar, enterrarnos en las arenas, y experimentar a selectos fragmentos de nuestro futuro jugando a que éramos adultos... (lo que seríamos en forma innegable si nos dejábamos llevar por la tenacidad de los días, semanas, y meses). Soñábamos con llegar al número de oro de la juventud, los dieciochos años, en el que podríamos ver a las desnudeces de señoritas que se entregaban con relativa indiscreción en los cinematógrafos. Entonces las observaríamos con detenimiento, sin inventar fantasiosas excusas y calculando como serían los siguientes pasos. Si no crecíamos rápido perderíamos el tiempo; nuestra corta edad nos estaba exiliando de nuestros verdaderos intereses.

Nunca volví a experimentar en mi vida a esa deleitosa sensación de libertad, a la sublime sensación de tocar al cielo con las manos. Fue una adolescencia en la que no fui suprimido por muros, aunque en casa imperaba una feroz disciplina que hacía imprescindible a la obediencia. Esto no se debía a mi madre, que tenía hacia nosotros una benevolencia indescriptible, sino a mi padre que nos impartía una educación cuyo fin era que adquiriéramos desde muy chicos a serias responsabilidades. Él se tomaba la facultad de determinar lo que era socialmente verdadero y a aquello que había que temer.

Durante las largas vacaciones en Mar del Plata yo andaba sin propósitos, me dejaba llevar por corrientes de sensaciones dichosas, y si bien

administraba un importante número de divagaciones, estas tenían la cualidad de suministrarme algo de fe en mí mismo. Me sentía así de independiente debido a que mi padre se ausentaba, y por lo tanto no me ponía frenos.

No idealizó al pasado ni quiero engañar a nadie contando cuentos, pero dependo de lo que fui para mantenerme más o menos firme en quien soy. Y si bien la vida no fue tan pasmosa como las promesas de juventud enunciaban, retengo en mi mente a episodios maravillosos, antes de que en uno de estos días el estallido tan temido acabara al fin con esos murmullos, o que las nubes rellenas con vapores anulen a éstas sanas intenciones mías de filosofar. La lluvia comenzó a caer suavemente, y no quiero que en este escrito se asienten líneas melancólicas; sólo diré que el agua que está cayendo del cielo no crea pavorosas mareas.

## II

Un día se escucharon hirientes palabras que fueron más que un pedido de cese, el acuse de una profanación, y una prolongada acusación repleta de vergüenza. Para Emanuel aquello fue algo contrastante e inhabitual que le impulsó a ensanchar con amargura a su rostro, y a comprometerse a que no reaccionaría con circunspección frente a ese enigma. Se trató del desarrollo de la funesta pasión de Carlos que llevó a cabo durante veleidosos y contemplativos instantes. Dentro del baño, Carlos constataba silenciosamente que era lo que reunían sus instintos, cuyas versiones lo acercaban a la sinrazón, sin embargo, lo satisfacían.

Al descubrir a ese actuar, Emanuel Ávila golpeó a la pared como si amartillara a un mosquito que se había quedado quieto. Su pequeño pero potente puño, astilló al yeso que alguna vez fue pintado de un ocre rojizo. Pronto comunicaría e impugnaría lo que observó con la idea que Carlos no quedara encerrado dentro de su delirio.

Emanuel prorrumpió en epítetos desordenados, mientras que en su rostro desfilaban sombras de extrañeza y crueldad; su prédica resulto furiosa y sin retorno, y se empecinó con la sangre encendida, en ser el portador de una historia que después no se podrá separar de Carlos.

El hecho fue que Carlos se había alejado de lo racional, derramando sus ocultas ansias merced a una revista de la cual dedujo que algunos cuerpos le hacían acechantes propuestas (esta, que había ingresado clandestinamente a la casa, sobró como comprobación).

En su retorno, Roberto Ávila sospechó que sobre la familia había caído una desgracia, por lo que cerró los ojos, se sacó el cinturón y le dio a Carlos una paliza tremenda que fue una interpretación cruenta de lo que había sucedido. Se abismaba en la lógica de que, si le propiciaba un enorme

castigo, evitaría males mayores.

Aquello enturbiaría la visión de familia que Roberto había construido, y me consta que relacionó a Carlos con algo soez a través de una palabra que habita en la conciencia de los hombres como la peor injuria. No hay duda que las sospechas crean realidades peores a las que se temen.

Debido a esa errada actuación, el prestigio de jovencito correcto que le dispensaba Roberto Ávila pronto se enlodó, y este dio comienzo a una época venenosa. De un día a otro y frente a mi estupor, Carlos se convirtió en alguien diferente al que había sido. Y nuestro padre previó que la raíz de sus problemas estaba en sus hábitos actorales, por lo que le prohibió por la fuerza continuar con sus horrendas declamaciones.

Ese intento de Carlos en sobresalir se convirtió en en motivos de humillación durante las charlas de sobremesa, porque se temió que con esas tendencias estaba gestando a una traicionera enfermedad. Mi padre concluyó que el hechizo de esa innombrable vocación lo estaba llevando a un aberrante extravío.

Carlos aprendió tres cosas: soportar el dolor estoicamente, negar ser aquello que su padre detestaba, y odiar a Emanuel. Porque el odio, el veneno de la serpiente, había picado a sus entrañas, pero logró aglutinar una gran fuerza de voluntad para persistir como si nada.

Años después, las personas que admiraron a Carlos Ávila dentro de las espléndidas salas teatrales del país, nunca imaginaron las duras peleas que éste mantuvo con Roberto Ávila. Algunas fueron por estupideces, otras por motivos deliberados, pero cuando se desbordaba con ira, mi padre lo sacaba a patadas a la calle. La gente únicamente ha registrado fastuosos escenarios, turbios homicidas, maridos engañados, hombres sujetos al dolor o que se habían ajustado a la idea de que eran indestructibles. Todo comprando una entrada que los invitaba a relajarse y soñar, si es que aceptaban ser invadidos por historias evanescentes.

Por suerte los días tienen números, y apenas se dio la oportunidad, Carlos se fue de casa; condensó sus pertenencias en una maleta, y distribuyó sus noches en los domicilios de varios amigos hasta que consiguió pagar un alojamiento. Después de un tiempo obtuvo papeles secundarios, y su nombre comenzó a sonar fuerte en los críticos y en los oídos de los empresarios del rubro. Carlos se casó una vez, tuvo dos hijas, y también en un costado al que después de la muerte de mi padre, los Ávila hemos hecho la vista gorda, se acompañó con algunos hombres que nominó secretarios, guías, o amigos infalibles. Fue otra época cuándo mi padre le había endilgado le culpa de ser un marica.

Fin